

Hablemos de la soberbia

"El que se enaltece, será humillado, y el que se humilla, será enaltecido" (Mt 23,12) (cfr. Lc 14,11)

Padre Ricardo E. Facci

Generalmente se habla y se reflexiona sobre el don de la humildad, pero muy poco sobre la soberbia que es la antítesis de la virtud de la humildad. Se le adjudica a Chesterton la siguiente expresión: “Si tendría que hacer una sola homilía lo haría sobre la soberbia”, es que ella es la raíz de todos los males.

La soberbia es el pecado capital, la reina de los vicios, de una falsa estima personal que lleva a despreciar a los demás y considerarse superior a todos, incluyendo al mismo Dios, lo que conduce a ser arrogante, necio, orgulloso, posturas que llevan irremediablemente al fracaso y la derrota. La soberbia aleja a las personas de los demás y de Dios, pero la humildad, la cual es una justa autoestima que reconoce que todo lo bueno proviene de Él, abre el corazón a todo lo que aportan los demás a la propia vida.

El origen de la soberbia lo podemos encontrar en el acto de rebeldía del demonio quien se enfrentó a Dios y quiso ser más poderoso que Él. También, en el pecado de Adán y Eva, que bíblicamente nos enseña que la búsqueda de sí mismo, el prescindir de Dios, conduce a diferentes formas de esclavitud, de pecado, de desamor. La soberbia manifiesta una gran inseguridad personal que conduce a querer dominar a otros y creerse el centro del mundo, el “ombligo” del universo, en un intento de ocultar o disimular su propia necesidad, inseguridad y debilidad.

La soberbia es uno de los vicios más peligrosos y destructivos que puede afectar al ser humano. Se trata de una actitud que hace creer que se es superior a los demás, que se merece que se le reconozca y admire, pudiendo prescindir de Dios y de su gracia. La soberbia lleva a despreciar a los demás, a no reconocer los propios errores, ni pedir perdón, ni agradecer, ni servir, ni amar.

No es un vicio cualquiera, sino que es la raíz de todo mal. Jesús lo expresó cuando enumeró los vicios que salen del corazón del hombre y lo contaminan (cf. Mc 7,22). Entre ellos, mencionó la soberbia, que es la que los engendra y los alimenta. La soberbia es la que nos hace pensar que somos más que Dios, que podemos juzgarlo y desobedecerlo, que podemos vivir sin Él. Este vicio es el que hace pensar que al ser más que los demás, se los puede usar y abusar de ellos, vivir sin necesitarlos. El soberbio se cree autosuficiente, todo lo puede. ¡Cuánto afecta esta actitud en la vida familiar!

La soberbia no es un vicio nuevo, sino que es el pecado original, el que cometieron los primeros padres, Adán y Eva, en el paraíso. Ellos cayeron en la tentación de la serpiente, que les prometió que serían como dioses si comían del fruto prohibido (cf. Gen 3,5). Ellos quisieron ser más de lo que eran, quisieron ser iguales a Dios, quisieron ser independientes de Él. Por eso, perdieron la amistad con Dios, la armonía con la creación, la paz consigo mismos y entre ellos.

La soberbia no es un vicio fácil de corregir, sino que es el obstáculo más grande para la salvación. Así lo mostró Dante, en su obra maestra, la Divina Comedia, donde situó a los soberbios en el primer círculo del purgatorio, el más cercano al infierno. Allí, los soberbios deben cargar con enormes piedras que simbolizan el peso de su orgullo, y deben caminar inclinados, mirando al suelo, para aprender la humildad. La soberbia es el vicio que aleja de Dios, que impide reconocer la necesidad de Él, que hace rechazar su misericordia y resistir a su amor.

La soberbia no es un vicio que solo afecta personalmente, sino que es el enemigo de la vida matrimonial y familiar. En el hogar, tiene fuertes consecuencias en la vida cotidiana, dañando las relaciones en el matrimonio como en la vida familiar, envenena los sentimientos del amor matrimonial.

Lo mismo hay que decir de las diversas formas de vida comunitaria. La soberbia hace competir con los demás, envidiar sus éxitos, criticar sus defectos, ignorar sus necesidades, odiar sus dones y capacidades.

La soberbia no permite el crecimiento del amor matrimonial, le quita brillo, lo enreda en los egoísmos, en la búsqueda de sí mismos, en la tozudez, en la creencia de que uno es el único que tiene la “verdad”. Además, es sumamente negativa en el accionar como padres en la educación de los hijos. Se manifiesta especialmente en padres que en vez de transmitir la verdad a sus hijos, les imponen las propias ideas, aunque estén reñidas con la realidad. Lamentablemente conozco, tal vez como caso extremo, un esposo que desde su más absoluta soberbia “lavó” el modo de pensar de su esposa y de sus hijos, haciéndolos a imagen y semejanza de sí mismo, personas

con la visión del mundo totalmente recortada y sin posibilidad de ampliar la mirada sobre los demás, sino tanto y en cuanto les “sirvan” para sus intereses, hasta creó una imagen distorsionada de Dios en función de sus propias conveniencias. Se debe trabajar fuertemente, orando para que la gracia de Dios acompañe para erradicar toda forma de soberbia en la vida familiar.

La soberbia es un vicio que desafía, que llama a una conversión constante, exigiendo una lucha permanente. No se es un cristiano auténtico si se es soberbio, si no se imita a Cristo, quien se hizo humilde, siervo, obediente hasta la muerte y muerte de cruz (cf. Flp 2,8). No se es auténtico cristiano si no se sigue el ejemplo de María, que se reconoció como servidora del Señor, que se fío de su palabra, que se entregó a su voluntad (cf. Lc 1,38). Como modo curativo es importante practicar las virtudes que ayudan a desterrar a la soberbia, entre ellas, la humildad, la sencillez, la gratitud, el perdón, el servicio, el amor.

Como la soberbia es una pesadísima piedra que está sobre uno mismo, que para removerla se necesitan tres palancas: La primera palanca es reconocer que no se es perfecto, sino que se tienen límites y defectos, de que se necesita de Dios y de los demás. Pero también significa ser agradecido por los talentos y las virtudes que Dios ha dado, y usarlos para su gloria y para el bien de los demás. Reconocer los límites y los dones ayudará a ser más realista, más humilde, más confiado en Dios y más generoso con los demás.

La segunda palanca para vencer la soberbia es aprender de los demás y valorarlos, especialmente, de los miembros de la familia. Para esto es importante estar abiertos a escuchar y a ser receptivos de consejos, correcciones y sugerencias, especialmente, de las personas que nos quieren y que pueden ayudar a mejorar. También, es disponerse a apreciar y respetar los dones, las cualidades, los logros y triunfos de los demás, sin envidiarlos ni menospreciarlos, sino reconociendo su mérito y su dignidad. Aprender de los demás y valorarlos ayudará a ser más receptivo, más humilde, más amigo de Dios, más fraterno con los demás y muy cercano al resto de los miembros de la familia.

La tercera palanca es servir a los demás y amarlos. Esto significa estar dispuesto a poner los dones y las capacidades al servicio de los hermanos, sobre todo de los más necesitados, sin buscar el propio interés ni la propia gloria, sino el bien de todos y la voluntad de Dios. Pero también significa amar a los demás como a uno mismo, sin juzgarlos ni condenarlos, sino perdonando sus ofensas y buscando su salvación. Servir a los demás y amarlos ayudará a ser generoso, humilde, alcanzando una vida santa y feliz.

La gracia está, apoyémonos en ella para superar todos los síntomas de soberbia que puedan manifestarse en nuestras vidas. Dios quiere lo mejor de cada uno de nosotros.

Oración

Señor Jesús, Tu eres el gran símbolo de la humildad,
deseamos imitarte, para eso te pedimos con las palabras del Salmo,
"protégenos de la soberbia;
no dejes que la soberbia gobierne nuestras vidas" (cfr. Sal 19,13-14).

Ayúdanos, a que reluzca en nosotros la humildad,
la cual nos hace reconocer que somos criaturas de Tu Padre,
y que los dones que poseemos provienen de Ti.

Esta actitud nos hace buscar la santificación, que Tu Señor esperas de nosotros,
Para esto, creceremos si en lugar de compararnos con otros para sentirnos superiores, buscamos nuestra propia santificación, agradeciendo todo lo que nos has dado Señor. Amén.

Trabajo Alianza

- 1.- En nuestro matrimonio, ¿qué signos existen de una posible soberbia en nuestros corazones?
- 2.- Si existe soberbia en nosotros, ¿cómo ayudarnos mutuamente a superarlo?
- 3.- ¿Cómo educamos a nuestros hijos para que crezcan en la humildad y decrezcan en la soberbia?

Trabajo Bastón

- 1.- Enumerar signos de soberbias en las familias de estos tiempos.
- 2.- ¿Qué página del Evangelio ilumina y ayuda a combatir la soberbia?
- 3.- En general, ¿el ser humano busca la verdad o se queda encerrado en “sus verdades”?
- 4.- En tiempos actuales de tanta confusión, ¿cómo sembrar la Verdad que es Cristo?

AÑO DE ASAMBLEAS NACIONALES: Perú 12-14/12.

Más allá de quienes tienen obligación de participar, están **TODOS INVITADOS.**